

**E**l periódico La República inició la publicación de sus poemas, y nosotros, los de este lado de La Carpintera, íbamos conociendo poemas humanos, llenos de sabor a nuestra tierra, con mucho del dolor de Vallejo, que ya se conocía, y otro tanto de un extraño Miguel Hernández que aún no había llegado a las montañas de Santa Cruz de Turrialba. Poesía telúrica, dolorosa y humana. Les decían "los poetas de Turrialba". Y el fenómeno "Turrialba" era una novedad. Si aquellos poetas hubiesen salido de San Ramón, la cosa hubiese sido explicable. San Ramón ha sido llamada tierra de poetas, a pesar de que ha dado solamente dos y medio. El resto son los cuarteteros que riman nido con ponido. Pero, ¡Turrialba!. Sonaba a animal exótico, lejanamente imposible. Sin embargo, allí estaban Jorge Delio Bravo, Laureano Albán y Marco Aguilar. Había dos nombres más que de pronto he olvidado. Los tres siguen vivos en el mundo de los poetas: Jorge adelantado en galaxias desconocidas; Laureano por las tierras de Sión y Marco Aguilar con sus sonetos y sus caprichos en la misma tierra que lo parió.

Por 1958 tuve el primer encuentro con Jorge. Hablamos por teléfono, y quedé de visitarlo en Turrialba. Yo era un poeta solitario que andaba con mi Garcilaso y mi Lorca a

# Jorge Debravo

Marco Retana

cuestas por las hondonadas de los ríos. Necesitaba asociarme con los locos y los hallé. Luego supe que Laureano se instalaría en San José. Y apareció el Círculo de Poetas Costarricenses, en principio con más ínfulas que socios. Más tarde pasaron por él todos los poetas incipientes que se animaban a enseñar sus poemas y a discutirlos con el gran dictador: Laureano. Se podría decir que los poetas de aquel entonces teníamos dos líderes: uno administrativo, superactivo, dominador y peleador; el otro callado, observador, absolutamente humano, bueno como el pan que tanto abunda en sus poemas. El uno, Laureano; el otro, Jorge. Había un gran respeto por Jorge: se le sentía grande. Pequeño, asustado, como un cervatillo tímido detrás de sus enormes lentes de aumento. Habían coincidido en el colegio de Turrialba; el resto de su cultura era autodidacta. Por entonces Jorge estudiaba inglés y francés solo. Creo que leía ambos idiomas. En el par-

que de Turrialba o en una casona abandonada se podían escuchar los "locos" de Santa Cruz. Desde el primer día nos unió una gran amistad. Ambos éramos la tierra misma. Ambos andábamos descubriendo la ciudad. Yo me le adelanté un tiempo. Ya sabía de calle doce y del Hotel Regina. El se quedaba viendo los escaparates como chiquillo ante juguete caro. La Caja lo trasladó a Pérez Zeledón. Intercambiamos bastante correspondencia con notas y observaciones sobre poemas saliditos del horno. Recuerdo que me hizo pedazos un romance que yo creía buenísimo porque tenía cierto aire lorquiano. Más tarde, en Naranjo, leímos decenas de sus cuadernillos en donde arrollaba amorosamente su poesía. Aquí conocí un poemario muy personal del cual me dijo que jamás lo publicaría. Eran parte muy íntima de sus propios dolores. Tiempo después la necesidad o la indiscreción lo dieron a luz.

En los años de Pérez Zeledón, cuando

venía a San José, acostumbrábamos acompañarlo durante toda la noche para que abordase su bus las cuatro de la mañana. Casi siempre nos quedábamos en la Eureka; café, leche, emparedados. Solo yo algunas cervezas. Jamás lo vi tomar ningún alcohol. Una vez que tuvimos un homenaje en el Centro de Cultura Hispánica tuve manzanilla doble: la de él y la mía. Una noche cualquiera me dijo que quería conocer un prostíbulo. Allí fuimos a parar: vaso de leche o soda, y las niñas que nos miraban con ojitos piadosos. Cuando la Caja lo envió a Heredia, me habló de la posibilidad de comprarse una motocicleta para viajar a San José. Jamás había pensado en un poeta en moto —como todavía no lo entiendo— y menos en Jorge. Se lo dije, y me sonrió con aquella su sonrisa pura de campesino bueno; tan buena y pura como las aguas que nacen por los montes del Turrialba. Compró su moto y yo me fui para Puntarenas... hasta que me llegó el latigazo, en una semana como estas hace veinte años, que me llenó los ojos de un escozor muy parecido al que sentimos cuando nos consumimos en las aguas del Golfo y la sal te saca lágrimas de inexperiencia. Jorge se había matado en la moto que jamás debió comprar, porque no observó que las motos no tienen alas, como Pegaso, ni saben relinchar, ni nos pueden llevar al Parnaso...